

Abigail Uría
Programa de Estudios Generales
Universidad de Lima

<https://doi.org/10.26439/piedepagina2026.n019.9163>

Crisálida

Me dejé caer ante el peso de mis infancias
y descubrí ligereza
en las contracturas
de mi espalda. Ahí
en medio de los omóplatos
que es donde tendrían que haber colocado las alas
me dejé caer.

Yo, la niña de la eterna mariposa,
sigo buscando la inocencia del capullo
y vienen a mi memoria
los buenos deseos de mi madre
como único recurso disponible para la salvación,
los caminos de regreso a casa la tregua
para buscar caracoles en el jardín de al lado.
Los juegos que inventamos para tratar de ser otras cosas
y no esto.

Por mientras yo
sigo mirando las alas, ausencia de alas,
reconozco la hemorragia en el capullo y le hablo
de la ligereza
en las contracturas de mi espalda,
y me responde con inocencia
carcomida pero hallada
y vuelvo a ser
algo similar a lo previsto
por ahora.

Latir la tierra

ya no sé qué esperar
ya no sé dónde ni cómo ni qué hacer con las manos
 mientras espero
o dónde más buscar refugio mientras tanto
si hace años aguardando secuela y nada
no hace falta que se caigan las paredes de sus sitios para provocar a mi pecho
 (tengo la nostalgia invadiéndome
 las grietas de la piel y me carcome) yo soy
una placa tectónica de raíz
extinta de espasmos para cobijarme
desde siempre y yo
tengo que hacer espacio para nuevos temblores
 para corromper el terreno
 con otros latidos y tragar
 los escombros ya sé
tengo que hacer un espacio en las grietas
para despertar de esta cadencia a los circuitos de la carne
 (también hay belleza en las ruinas
 si se sabe dónde
 dejarse doblada la piel)
ya no quiero seguir rechazando el pulso
de las estructuras ni sus huesos
ni segregar los escombros ni desterrarlos,
pronto el suelo va a caer bajo mis pies
 eso espero y yo
 ya sé
tengo que hacer un espacio